

Editorial

Vísperas violentas

Desde marzo de 1988, con ocasión del triunfo de ARENA en las elecciones de diputados y alcaldes y, sobre todo, desde marzo de 1989 con el triunfo presidencial de Cristiani, el candidato de ARENA, se ha dado, más cualitativa que cuantitativamente, un acrecentamiento de la violencia en el país. Los actos de violencia arreciaron durante el mes de abril y, aunque en el mes de mayo han remitido, se dan múltiples síntomas de que pueda reiniciarse una escalada de violencia y de violación de los derechos humanos.

Asesinatos llamativos como los del ex comandante Castellanos, del intelectual Peccorini, del Fiscal General García Alvarado; asesinatos de múltiples miembros de los sectores laborales y populares, entre los cuales destaca por el modo clásico de su muerte el de la maestra Cristina Gómez o el del sindicalista Miguel Angel Lazo; la proliferación de atentados dinamiteros contra objetivos civiles en la peor tradición de los años de 1976 a 1980, dos de los cuales han vuelto a afectar a nuestra universidad; campañas sistemáticas de desprestigio y amenazas más o menos veladas contra la labor de la Iglesia y de otras instituciones y personas, llevadas a cabo por la Fuerza Armada, ARENA y los medios de comunicación extremistas; y el endurecimiento de la actividad militar contra la población civil en las zonas conflictivas, son parte de este conjunto de síntomas, que permite hablar de vísperas violentas ante el nuevo cambio de gobierno.

¿Se tratará efectivamente de unas vísperas violentas, que preñan lo que va a ser una situación controlada por el partido ARENA? ¿O se tratará, tan sólo de un típico momento de transición, en el cual les es más fácil actuar a grupos desestabilizados? ¿Se entrará con el nuevo gobierno a una etapa de mayor confrontación y de mayor violencia entre dos fuerzas polarizadas,

ARENA que rehuye la negociación y el FMLN que la quiere conseguir por la fuerza?

1. ¿Es probable un cambio en la tradición violenta de ARENA?

La tradición violenta de ARENA es innegable. Si situamos el origen mediato de ARENA en la lucha que los enemigos de la transformación agraria (1976) iniciaron contra quienes propiciaban, ya no medidas revolucionarias, sino simplemente progresistas, puede apreciarse cuál fue ya su prehistoria. Apenas se hizo diferencia entre lo que ya empezaba a ser un fuerte movimiento revolucionario, que iría a desembocar en el FMLN y quienes propiciaban medidas razonables de cambios constantes y progresivos. Tildados todos de comunistas, se desató contra todos ellos un proceso de represión. Quienes planearon la estrategia y las tácticas, que desembocaron en las masacres de los años de 1980 y 1982 y en el conflicto armado, abandonaron la cobertura del Partido de Conciliación Nacional, buscaron alianzas con los militares y se prepararon para iniciar una nueva fase de terrorismo. No es exagerado sostener que la mayor parte de aquellos iniciadores del terrorismo están hoy en ARENA y con ARENA, aunque no necesariamente incambiados y no necesariamente al frente del partido.

En el origen inmediato de ARENA promovido por el ex mayor D'Aubuisson, ligado al aparato de inteligencia del Estado en los oscuros años del general Romero, se perciben pruebas claras no sólo de extremismo, sino de terrorismo. Sin entrar en investigaciones y comprobaciones exhaustivas no es fácil desmentir la ligazón del nuevo partido y de su jefe máximo con el líder extremista guatemalteco Sandoval Alarcón, bien conocido por su aparato terrorista y por su ciego anticomunismo. Como signo de esta actitud de quienes iban a lanzarse a través de ARENA hacia la conquista del poder, que entonces estaba en manos de militares y demócrata cristianos, puede recorrerse la nómina del grupo capturado por orden del coronel Majano en la finca San Luis de Santa Tecla, el 7 de mayo de 1980. En ella están el capitán Saravia, a quien se le incautó el famoso cuaderno, en el cual se especifican pertrechos y acciones de claro matiz terrorista, probablemente relacionadas con el asesinato de Mons. Romero. Pero están también el teniente Carlos Alejandro Zacapa, contra quien el Juez Tercero de lo Penal ha dictado diligencias de extradición por su presunta participación en los secuestros.

**Cuantos han sido partidarios de la violencia
y del terrorismo en círculos del capital,
de la Fuerza Armada, de los frentes femeninos
y masculinos han apoyado el triunfo de ARENA.**

También relacionados con los secuestros estaban entre los detenidos el mayor Roberto Mauricio Staben y el teniente Isidro López Sibrián, actualmente en prisión. Estaba el capitán Eduardo Avila, acusado repetidas veces en conexión con el asesinato del presidente del ISTA y de los dos asesores norteamericanos. Se presentan también, como amigos del ex mayor D'Aubuisson, los señores Víctor Cornejo, Llovera, Linares, etc., todos ellos seriamente inculcados por actividades violentas y terroristas.

Hasta tal punto esto es así que el gobierno norteamericano impidió que el ex mayor D'Aubuisson ocupara la presidencia provisional de la república en 1983, cargo que pensaban confiarle los elegidos democráticamente(?) en 1982. Y hasta el día de hoy pesa sobre él tal sospecha de haber estado relacionado con los escuadrones de la muerte, que la embajada de Estados Unidos no le ha dado visa para entrar a ese país y se le ha forzado a abandonar la presidencia del partido ARENA y su candidatura a la presidencia de la república. Junto a todo ello habría que hacer una revisión de las declaraciones públicas del ex mayor, sobre todo en el período 1980-1982, para medir el grado de violencia, que propiciaba por aquellos años el partido ARENA.

Traemos todos estos datos a colación, no para atacar al nuevo gobierno, sino para entender mejor las posibilidades de que se desaten nuevas formas de violencia. La tradición violenta y terrorista de ARENA es innegable y así es aceptada por la mayor parte de los mejores conocedores de la situación de El Salvador. Más aún, no sería caer en inobjetividad, si se afirmara que, cuantos han sido partidarios de la violencia y del terrorismo en círculos del capital, de la Fuerza Armada, de los frentes femeninos y masculinos, han apoyado el triunfo de ARENA, aunque hubieran preferido como presidente a D'Aubuisson, en vez de a Cristiani.

Pero también es innegable que hay intentos de cambio en ARENA, lo cual ha llevado al sector más extremista a criticar severamente a los dirigentes actuales y a pedir al ex mayor que imponga su línea antigua de nacionalismo anticomunista y de capitalismo a ultranza. El propio D'Aubuisson se ha visto forzado

La Fuerza Armada, los escuadrones de la muerte derechistas y los extremistas de derecha son quienes más contribuyen a la violencia y violación de los derechos humanos.

a rechazar esta petición, diciendo que tales propuestas le hacen daño en su carrera política.

Podrían, por tanto, apreciarse actualmente en el Partido ARENA tres tendencias fundamentales: la civilista representada por Cristiani, la militarista representada por D'Aubuisson y la escuadronista que, como responde a su inconfesable condición, no tiene representante manifiesto. La tendencia civilista no ha estado relacionada con el terrorismo de los escuadrones de la muerte y quiere reducir al máximo el uso de la violencia, prefiriendo los medios políticos y económicos como los más apropiados para resolver el problema de la miseria y de la guerra. La tendencia militarista, sustentada en diversas personalidades, procedentes de la Fuerza Armada y que anteriormente fueron partidarias de una guerra total sin escrúpulo alguno contra la subversión, parece irse inclinando paulatinamente a formas más democráticas de actuación y a ceñirse lo más posible a la legalidad vigente; podrían pensar que hace falta otro modo de conducir la guerra con un esquema distinto al de la guerra de baja intensidad y podrían profundizar y radicalizar lo que pudiera definirse como guerra legalista —creación de nuevas leyes, con las cuales no procurar el bien común, sino el bien propio y el mal del adversario—, pero no forzarían lo que pudiera llamarse guerra sucia. Habría una tercera tendencia estrictamente escuadronista, no sólo por proceder del pasado más sucio de ARENA, del cual algunos —los militaristas— se habrían separado definitivamente, sino por seguir pensando que la violencia terrorista de la extrema derecha es absolutamente necesaria para imponer su capitalismo exacerbado, más visceral que racional.

Son varios los analistas que piensan que la parte más fuerte de ARENA está en el sector militarista y que de momento el sector militarista se inclina más a la estrategia del sector civilista que a la del escuadronista. Si es así, el recrudecimiento de la violencia en estos últimos meses, en cuanto esta violencia procede de línea arenista, aunque no necesariamente del Partido ARENA, habría de interpretarse como una acción proveniente, en parte como respuesta a acciones violentas del FMLN y en parte como acción

desestabilizadora, que obligase a la dirección actual de ARENA, la civilista y la militarista, a inclinarse desde un principio por las tácticas que le fueron habituales. Las "vísperas violentas" serían un amago y un prenuncio de lo que puede ser, pero no serían necesariamente la pauta de lo que va a suceder después del primero de junio, cuando Cristiani tome la presidencia. Tal vez la parte civilista haya de aceptar algunas de las tácticas fundamentales de la parte militarista, pero ambas intentarían contener las tácticas más violentas del sector escuadronista.

Por otra parte, la Fuerza Armada, aunque tuvo también un poderosísimo sector escuadronista en 1980-1982, al cual pertenecieron muchos de sus más altos jefes, habría abandonado esa parte de su estrategia, aunque todavía queden tendencias de esa índole. El gobierno norteamericano, que hasta bien avanzado 1983 toleró, por decir poco, el terrorismo de los escuadronistas, hoy estaría muy claro de que no es posible presentar ante Estados Unidos un gobierno y una política con una comprobada corriente terrorista. Todo ello, más la atención internacional, muy sensibilizada por el triunfo de ARENA, permite asegurar una mayor probabilidad de consolidación de la tendencia civilista-militarista. Lo que está por ver es si en la práctica política preponderará el sector civilista del ejecutivo sobre el sector militarista del legislativo. Pero de momento parece que no preponderará el sector escuadronista, al cual, sin embargo, no parece probable que se lo descubra en público y que se lo desestructure para evitar males mayores.



2. La violencia del movimiento revolucionario

Los medios gubernamentales (ejecutivo, legislativo, judicial), la Fuerza Armada, especialmente su órgano de lucha ideológico-propagandística, el COPREFA, y gran parte de los medios de comunicación propenden a hacer ver que sólo el FMLN hace violencia terrorista, de modo que el movimiento revolucionario es el principal violador de los derechos humanos en el país. Ciertamente, esto no es así tal como lo demuestran los informes más fidedignos sobre la violencia (cfr. IDHUCA, Los derechos humanos en El Salvador en 1988,) y tal como lo reconocen los organismos internacionales competentes. Aun dejando de lado la actividad estrictamente militar, son la Fuerza Armada, los escuadrones de la muerte derechistas y los extremistas de derecha, quienes más contribuyen a la violencia y violación de los derechos humanos en El Salvador.

También el FMLN contribuye a esta violencia y a esta violación. Dejando de lado, también en su caso, la acción estrictamente militar con objetivos específicamente militares (personas o instalaciones), queda todavía una serie de acciones violentas, que bordean el terrorismo o caen de lleno en él. Unas veces estas acciones van contra instalaciones civiles (casas, negocios, industrias, cosechas, ganados, etc.), pero otras van contra personas (alcaldes u otros personajes públicos e incluso, presumiblemente, personas civiles sin mayor significación político-militar). El FMLN no se recata en aceptar actos violentos contra los buses, contra las casas particulares, contra los comercios, etc. Ha reconocido también algunos ajusticiamientos y, respecto de otros asesinatos, no los ha desmentido públicamente, como es su práctica habitual, por ejemplo, en el caso del Fiscal General de la República. Con frecuencia, sin embargo, se le atribuyen al FMLN acciones que no ha cometido (fuentes oficiales le atribuyeron, por ejemplo, el asesinato de Mons. Romero, que después fue oficialmente imputado a otros, y el ex mayor D'Aubuisson les atribuyó el asesinato de los dirigentes del FDR en octubre de 1980, cosa evidentemente falsa). El FMLN ha desmentido en estas últimas semanas haber llevado a cabo acciones violentas contra las instalaciones de la embajada norteamericana, contra la casa del vicepresidente electo, entre otras.

Pero aun aceptando la veracidad de sus aseveraciones, —a diferencia de otros agentes violentos, el FMLN habitualmente, no sólo no niega sus acciones, sino que las reconoce explícitamente—

El FMLN está jugando tanto a la desestabilización del gobierno y del régimen como a la consolidación de un proceso negociador.

te—, no hay duda de que en estas “vísperas violentas” es un dinamizador de ellas. Altos dirigentes revolucionarios, en sus declaraciones, han prometido unas vísperas calientes para demostrar al nuevo gobierno de ARENA la ingobernabilidad del país y para relanzar cuanto antes el proceso de negociación. Pero están, también, acciones contra cosas y personas, que son en sí mismas violentas, crean un clima de violencia y propician respuestas violentas. Para ser justos con el FMLN, aun reconociendo los dos puntos anteriores, ha de decirse que algunos de los actos violentos, que se le imputan, no provienen de ellos, sino de grupos deseosos de desestabilizar la situación y de hacer difíciles los propósitos de moderación del nuevo presidente. Ha de decirse también, que la interpretación de que el FMLN trata de desatar una represión sangrienta, en busca de una descalificación de ARENA ante la opinión pública en general y ante el congreso norteamericano en particular, —versión sostenida por la embajada norteamericana y seguida por el gobierno y por ARENA— no tiene fundamento suficiente para ser mantenida con responsabilidad. En el mejor de los casos, tal interpretación sería probable, pero de ningún modo segura y está contradicha por los intentos renovados de negociación por parte del FMLN.

No obstante esta clarificación ha de aceptarse la responsabilidad del FMLN en el calentamiento de estas “vísperas violentas,” por no dejar clara su posición y, probablemente, por querer jugar a la vez cartas difícilmente conciliables. Esto sin apelar a la justificación de que los comandos urbanos puedan hacer por su cuenta acciones, no directamente encomendadas por la comandancia general, cosa presumible, dada la compartimentalización del trabajo revolucionario en la ciudad.

El FMLN está jugando tanto a la desestabilización del gobierno y del régimen como a la consolidación de un proceso negociador. Estos dos objetivos, sin ser excluyentes, no son fácilmente conciliables. El FMLN trabaja con la hipótesis de que los gobiernos de El Salvador y de Estados Unidos sólo darán luz verde a procesos serios de negociación cuando se vean forzados a ello, más por la presión de las condiciones reales que por la convicción razonable de que ése es el mejor camino. Esta hipótesis está



bastante bien comprobada. La negociación no se va regalar ni lo negociado se va a obsequiar. Desde este punto de vista el FMLN hace bien en cargarse de razones, pero, al mismo tiempo, en cargarse de fuerza. Lo que sucede es que razones y fuerza pueden entrar en contradicción.

Esto es así, ante todo, por lo que se refiere a la desestabilización de su contrario. Si esa desestabilización se busca obligando a la parte gubernamental a cometer graves actos represivos en respuesta a provocaciones violentas o, simplemente, obligándola a discutir tácticas diferentes de contrainsurgencia, podría esperarse, en el mejor de los casos, que se llegara a un relativo y provisional debilitamiento de su contrario, pero nunca a un acercamiento a la negociación. La desestabilización nunca va a llegar a tal grado que fuerce a la parte norteamericano-gubernamental a negociar, sino que retrasará indefinidamente la negociación. En el caso extremo, la desestabilización va a llevar a medidas más duras y a una más fácil justificación ideológica de esas medidas —véase el caso de Perú con Sendero Luminoso— al hacerlas aparecer como respuesta a una provocación que pone en peligro la seguridad no del Estado, sino de los ciudadanos. La desestabilización va a estabilizar la represión y va a justificarla, sobre todo, si la parte gubernamental, como es obvio, toma medidas para no caer en los excesos de 1980-1982.

Por otra parte, el FMLN tiene razón cuando piensa que sólo se

va a negociar si se aprecia lo costoso de la no-negociación. El problema, sin embargo, está en medir bien esa costosidad. Aquí la estrategia correcta está en mostrar a la vez las desventajas que para todos tienen la prolongación y el endurecimiento de la guerra, fundamentalmente en sus aspectos estrictamente militares (lucha de dos ejércitos y sabotaje económico-militar), y las ventajas de un proceso negociador, en el cual el FMLN ha ofrecido, como meta, la instauración de una democracia real y, como medio principal, unas prontas elecciones. La guerra es de por sí tan indeseable en su horizonte de prolongación indefinida y de multiplicación directa e indirecta de los daños y los males para una gran parte de la población, que no necesita el aditamento de otras formas de violencia, las cuales son fácilmente ideologizadas para mostrarlas como prueba irrefutable del terrorismo del FMLN y de su falta de voluntad negociadora.

El destinatario de los mensajes es la población entera, la cual va a ser quien finalmente decida la balanza hacia la negociación o hacia la guerra. Y en este punto es preciso referirse una vez más a la sentencia atribuida a Mao Tse Tung, según la cual, deben mantenerse en silencio quienes no hacen inquisiciones y encuestas sobre lo que piensa la población. Y las encuestas dicen con bastante claridad (a) que el pueblo quiere pronto una paz, que al menos le permita sobrevivir; (b) que la negociación es la mejor forma de conseguir esa paz; (c) que los medios terroristas y, en general, los medios violentos, van quitando credibilidad a quienes los emplean; (d) que quien demuestre mayor voluntad negociadora, mediante propuestas flexibles y factibles, conseguirá mayor apoyo del pueblo.

El que ARENA se hubiera visto obligada a ofrecer en su campaña política un diálogo permanente con el FMLN y el que, no sólo la clase política, nacional e internacional, sino una gran parte de la población se viera sacudida por la oferta negociadora del FMLN en vísperas de las elecciones, muestra por dónde va la estrategia correcta para ganarse el corazón de las masas, golpeadas tan brutalmente por la violencia de la guerra y la violencia de las necesidades básicas insatisfechas.

No es impensable que el FMLN, dada la composición múltiple de sus fuerzas y dada la novedad de sus planteamientos recientes, esté todavía en tiempo de ajuste. Después de 1980, el FMLN maneja mejor los medios revolucionarios armados que los medios revolucionarios políticos. Por ello, aunque sus nuevos objetivos

son revolucionario-políticos, los medios para alcanzarlos no son todavía suficientemente tales. De ahí las disonancias y aun contrapartidas de algunas de sus acciones.

Si se parte de la presunción, desafortunada e injustamente muy compartida, de que los revolucionarios sólo desean la toma del poder por medio de la violencia, cualquier error de cálculo lleva a borrar con una mano y en un momento lo que con la otra y por largo tiempo se ha escrito. Ciertamente yerran quienes tratan de interpretar la posición actual del FMLN sin distinguir sus objetivos y estrategia principal de los medios tácticos y deduciendo la línea estructural de sucesos coyunturales, pero también el FMLN se obnubila al no medir exactamente el resultado de sus acciones, cuando atiende sólo a lo positivo de ellas sin considerar lo negativo que comportan tanto para el proceso como para la apreciación del mismo por una gran parte del pueblo.

3. La superación de la violencia de las vísperas

Las vísperas están definidas por la transición definitiva del período Reagan-Duarte al período Bush-Cristiani. No es que esa transición defina esencialmente la entrada a una nueva fase del proceso salvadoreño. Si esta nueva fase se llega a dar, será por un cambio radical en los proyectos de cada una de las partes en conflicto y, consecuente o concomitantemente, por el cambio de la estrategia fundamental de enfrentamiento. No hay, pues, que



confundir las vísperas de la nueva fase con las vísperas del nuevo gobierno en El Salvador, frente al cual el FMLN no ha definido todavía su táctica, aunque pueda tener ya clara su estrategia. Pero la estrategia es a medio plazo, mientras que la táctica es de día a día. Y aunque la violencia no pueda acabar de un día para otro, no va a ser la violencia de ninguna de las dos partes la que termine el conflicto ni por la fuerza ni por la negociación.

De ahí que la cuestión realista, anterior a todo planteamiento ético, aunque no ajena a toda moral, es cómo hacer de la violencia actual una palanca para la negociación, algo que la facilite antes que algo que la impida.

Todo tipo de violencia terrorista va a dificultar cualquier proceso de democratización y de negociación. Referido al caso actual de El Salvador, la violencia terrorista debe definirse como toda forma de violencia que directa o indirectamente tenga por resultado principal la muerte o la mutilación física de civiles, privación de su libertad, etc. Tal violencia se da, en primer lugar, mediante el asesinato directo de civiles —los casos, por ejemplo, ya antes aludidos del fiscal general García Alvarado, del intelectual Peccorini, de la maestra María Cristina Gómez, del sindicalista Miguel Ángel Lazo y de tantos otros, que se han venido dando en estos días—, imposibilitados de defenderse y que de ningún modo habían hecho de la violencia su forma de lucha. Tal violencia se da también, aunque en menor grado, cuando se atacan objetivos militares de uno u otro bando, pero de tal forma que resulta casi inevitable la muerte o mutilación de civiles, como suele suceder con los bombardeos, los coches-bomba o las minas, que no pueden ser evitadas por la población civil. Este tipo de violencia terrorista, además de ser inaceptable desde cualquier punto de vista ético, es contraproducente política y socialmente, pues lleva a las víctimas y a otros muchos a una mayor violencia destructiva y alejan, en vez de acercar, la negociación. Al contrario agudiza las condiciones subjetivas, que fomentan la falta de credibilidad y la disposición de negociar. Esta violencia propiciada por los sectores escuadronistas y practicada también, en algunas ocasiones, por comandos urbanos del FMLN, debe terminarse cuanto antes, si no se quiere correr el peligro, todavía remoto y poco probable, de libanizar el conflicto.

El tipo de violencia que pudiera llamarse insurreccional, visto desde un lado, y anti-insurreccional visto desde el otro, aunque es de índole cualitativamente distinta que la de la violencia terrorista,

tampoco es el apto para fomentar la democratización ni la negociación pacificadora. Este tipo de violencia lleva a la destrucción de objetivos civiles (buses, casas, tiendas, iglesias, instalaciones universitarias, etc.). Tanto la violencia insurreccional como la anti-insurreccional causan malestar a las víctimas y eventualmente aliento a los victimarios, pero no tienen consistencia para atemorizar a los revolucionarios ni para frenar a los antirrevolucionarios. Es una violencia, en términos estructurales, más propagandística que realmente efectiva para fortalecer a los partidarios, debilitar a los adversarios o propiciar el avance político, mucho menos el militar. En la actual coyuntura, en lo que tiene de violencia escuadronista, pone en dificultades la imagen del gobierno arenista y, en lo que tiene de violencia insurreccional, pone en dificultades la imagen democratizadora y negociadora del FMLN.

Su efecto sobre el conjunto de la población en una u otra dirección es irrelevante, como se prueba por lo poco o nada que afecta a los comportamientos usuales de la mayoría.

Queda la gran violencia de la guerra. Lo que más daña al país no es el terrorismo, sino la guerra. La guerra del FMLN contra el gobierno y la guerra del gobierno contra el FMLN. La propaganda oficial tiende a desfigurar esta realidad. Pero el más somero de los análisis del presupuesto nacional, de la ayuda norteamericana militar (la mayor dada en relación con cualquier otro país latinoamericano), de las acciones estrictamente bélicas y de las bajas en los dos ejércitos, no deja duda alguna de que el gran problema de la violencia en El Salvador lo constituye la guerra. Es paradójicamente esta guerra sin fin el mayor argumento para encontrar cuanto antes la paz por la vía de la negociación. Ninguna de las dos partes va a entregar su fuerza militar por nada. Decir que el FMLN carece de fuerza militar es querer engañarse o engañar, es ir contra la realidad de los hechos y no sólo contra los hechos mismos. Pedirle, por tanto, que entregue sin más esa fuerza militar es falta de realismo. Por algo empezó la guerra, por algo sigue la guerra, y, sin resolver ese algo, sin resolver las causas y los fines que la originaron y sin posibilitar una transformación de los medios, con los que hasta ahora ha pretendido el FMLN solucionar unas y alcanzar otros, no se va a terminar este gran problema de la violencia de la guerra.

La violencia de la guerra tiene dos aspectos distintos: el del enfrentamiento de dos ejércitos con las tácticas propias de cada

Las vísperas están definidas por la transición definitiva del período Reagan-Duarte al período Bush-Cristiani.

uno de ellos y el del sabotaje a la estructura productiva del país. No es fácil separar un aspecto del otro en la parte gubernamental, cuanto menos en la parte revolucionaria. Sin embargo, son dos aspectos distintos por muchas razones. El núcleo de la guerra lo constituye el enfrentamiento de los dos ejércitos, máxime ahora que el FMLN se prepara a reiniciar combates en gran escala a la luz del día, debido a un avance cualitativo de sus armas ofensivas antiaéreas. Si no se llega a un cese del fuego acordado por ambas partes, es difícil pedir a ninguna de ellas que deje de utilizar su potencial bélico para consolidar sus posiciones o hacerlas avanzar. Aducir aquí razones morales es desde luego un ideal, que debe ser perseguido, pero no debe llevar a idealismos ineficaces. Aunque sea duro decirlo, la realidad es que la guerra como enfrentamiento cada vez más fuerte e insoluble de las partes en conflicto, es el argumento más fuerte para la negociación. Sólo que este argumento es ya tan palmario, que debería haber llevado ya a su conclusión.

El otro aspecto de la guerra, que afecta más directamente a la mayor parte de la población, es el del sabotaje. El enfrentamiento de los dos ejércitos afecta mucho a todo el pueblo y no sólo a los combatientes; es, en definitiva, lo que más afecta, aunque no siempre se sienta así. Pero también el sabotaje afecta a gran parte de la población, sobre todo, en sus dos formas principales: la destrucción del sistema de comunicación de energía eléctrica y los paros al transporte. Ambos tipos de acción dañan en distinto grado al aparato productivo y ponen en problemas al gobierno, a la Fuerza Armada y al sector empresarial, pero también causan problemas muy concretos a una gran parte de la población. Se estima, por ejemplo, que sólo en la zona metropolitana más de un millón de personas utilizan la energía eléctrica y de ese millón un gran número se ve perturbado en su trabajo y en su casa por los cortes de energía eléctrica. Algo parecido debe decirse de los paros, que afectan sobre todo a la población de escasos recursos, acostumbrada a desplazarse a su trabajo en bus. Con todo ello, el FMLN saca sus ventajas, pero padece también desventajas. Las encuestas son necesarias para medir objetivamente el grado de aceptación de tales medidas. Las que tenemos a mano muestran que la mayor parte de la población urbana no está de acuerdo ni

con las interrupciones del sistema eléctrico y, consecuentemente, del servicio de agua, ni con los paros al transporte en días laborales. Si el FMLN está pensando en captarse la benevolencia de una gran parte de la población de cara a unas futuras elecciones, debiera sopesar muy mucho lo que puede servir para la guerra, pero no es muy útil de cara a la acción estrictamente social y política.

Todas estas reflexiones pueden resumirse en ciertas proposiciones, que pudieran negociarse de inmediato:

a) se respetará absolutamente por ambas partes el derecho internacional humanitario, del que es signatario El Salvador;

b) se suspenderá toda acción terrorista, definida como cualquier acción contra persona civil no armada;

c) se suspenderán aquellas acciones militares, que supongan un gran riesgo para la población civil y sus pertenencias;

d) se suspenderán todas aquellas acciones directas contra la estructura económica, cuando los más afectados por la acción sea la población civil.

La razón última de estos acuerdos estaría en que la población civil es quien más sufre los efectos de estos tipos de acción, en que su suspensión humanizaría el conflicto y crearía mejores condiciones para negociar a fondo el final de la guerra, lo cual constituiría el objetivo fundamental de los anteriores acuerdos.

En estas vísperas violentas esos cuatro puntos de desescalamiento de la violencia han empeorado, pero el empeoramiento puede atribuirse de momento al carácter transicional de estos meses, en los cuales el FMLN no ha tenido con quién tratar y en los cuales ARENA no ha acabado de mostrar cuál de sus tendencias va a acabar imponiéndose. También la Fuerza Armada ha pasado un momento de transición, por cuanto está en vísperas de mudar su cúpula de mando.

La gran pregunta es si estas vísperas violentas van a desembocar en un nuevo período de violencia total o son sólo intentos tácticos para consolidar posiciones. La respuesta a mediano plazo es que es más probable lo segundo que lo primero. Y esto por dos razones principales: el FMLN ha apostado fuerte por un proceso de negociación que conduzca a unas elecciones realmente libres y populares y la Fuerza Armada ha superado el peligro de quedar en manos de gente irresponsable sin memoria

**Lo que más daña al país no es el terrorismo,
sino la guerra.**

histórica y sin conocimiento de las causas profundas del conflicto salvadoreño. Si se añade que a Estados Unidos no le conviene que en El Salvador se le reproduzca la situación de 1980-1982, se puede concluir que las vísperas violentas pueden prolongarse, pero no perpetuarse. En este contexto de fuerzas lo que puedan hacer ARENA y en ARENA los sectores militarista y escuadronista es de importancia menor, por lo que toca a la guerra y a la violencia. Como prueba de ello está lo que han podido hacer desde el 19 de marzo último hasta la fecha: se ha dado un crecimiento de la violencia y de amagos de aparición de tendencias escuadronistas, pero han aparecido también frenos, que hasta ahora no se habían visto. Y esto no se ha debido a la acción del gobierno de Duarte, ya absolutamente debilitado, sino a la acción conjunta de Estados Unidos, de la Fuerza Armada y del sector civilista y aun militarista de ARENA. Aun con la importante presión, incluso terrorista en una pequeña medida, por parte del FMLN, no se ha dado una represión sistemática y masiva. El nuevo gobierno y la nueva cúpula militar, aun cuando cuenten entre sus miembros con personas propensas a tomar medidas duras, tendrán que comenzar por presentar un rostro democrático. Y este período puede aprovecharse para controlar la violencia y aun para relanzar un proceso sistemático de negociación con este o con otro nombre.

Quienes pronosticaron un baño de sangre, primero para los últimos meses de la presidencia de Reagan y después para este período de transición, no acertaron en su pronóstico. Y es que ese baño de sangre tiene enormes dificultades. Necesita de una extensa y segura infraestructura, ocasiona grandes problemas en el ámbito internacional e implica un cambio importante en el proceso. La historia tiene su propia inercia y en ella no es posible un cambio brusco. Por otra parte, aunque caben remolinos relativamente independientes en lugares particulares, es difícil que mantengan por mucho tiempo su independencia, cuando la corriente principal contradice la actividad específica del remolino. Y tanto en el ámbito mundial como en el regional y el nacional queda poco espacio y fuerza para los extremismos. En el caso concreto de El Salvador, el gobierno de ARENA necesitará demostrar al mundo que no hace del terrorismo un elemento fundamental de su política y esto hace todavía más difícil el surgimiento de formas sistemáticas de terrorismo, aunque éstas fueran las preferidas por

ciertos sectores del partido. Finalmente, el pragmatismo realista, inevitable en toda gestión gubernamental, no querrá añadir obstáculos a los ya existentes, tan graves y múltiples.

Por todo ello, estas vísperas violentas sí sirven de aviso a lo que puede ocurrir, si se dejan crecer las tendencias peores del proceso. En caso de que éstas prosperasen y se consolidasen, el peligro de la libanización del conflicto podría hacerse más real. Hay alguna probabilidad de que esto suceda, pero no es la probabilidad mayor. En favor de esta probabilidad sólo están los fanáticos que en su ignorancia y entusiasmo desmedido piensan poder aplastar por la violencia y el terror al FMLN y a cuantos estiman como denunciadores de la injusticia estructural y defensores de los derechos populares. Como existen y como tienen alguna fuerza, es indispensable que se vigoricen y aunen todas las fuerzas y todas las voces que están contra un nuevo genocidio, el cual, además, agravaría el peligro de la libanización o, al menos, la perpetuación de un cáncer de violencia, que iría consumiendo las mejores energías del país y podría conducirle a su muerte histórica.

La mejor manera de contrarrestar esas fuerzas oscuras y destructivas es que impere la racionalidad en las nuevas direcciones de Estados Unidos, de la Fuerza Armada y del gobierno de El Salvador y que se consolide el nuevo esfuerzo de racionalidad del FMLN, reflejado en sus últimas propuestas de negociación. Volver a repetir el período de 1980-1982 ya no tiene ni apariencia de justificación. Volver a quedarse en la estrategia seguida durante el período de 1984-1989 tampoco serviría de nada, pues esa estrategia por parte y parte ya ha dado de sí todo lo que podía dar. Es hora de hacer algo nuevo, algo orientado, por lo pronto, a la superación de todo tipo de violencia, tanto la estructural como la coyuntural, tanto la terrorista insurreccional-antiinsurreccional como la estrictamente militar. Y este algo nuevo debe comenzar por una forma nueva de negociación, en la cual ambas partes propongan soluciones creativas y flexibles. Pero sobre este punto de la negociación tendremos que volver en otros editoriales y artículos, una vez sobrepasado el mal augurio de estas vísperas violentas.

15 de mayo de 1989.